

¿CONSPIRANÓICOS O REBELDES?

Hay un episodio de esa inquietante serie *Black Mirror*, titulado en España “La ciencia de matar” que constituye una perfecta alegoría de lo que estoy tratando de explicar. La historia se desarrolla, como casi todas las de la serie, en un futuro distópico postapocalíptico y su protagonista forma parte de una organización militar cuya misión es exterminar “cucarachas”, seres mutantes parcialmente humanoides considerados monstruos terribles que amenazan a la humanidad. Los soldados se lanzan a sus misiones de exterminio tras recibir un implante neuronal que denominan “máscara” y que les confiere una serie de facultades especiales que les ayuda en su tarea de exterminio pero que en un determinado momento de la historia descubrimos que es precisamente lo que les hace ver a los mutantes como terribles monstruos cuando en realidad son personas inocentes.

En esa terrible alucinación colectiva estamos.

¿Cómo ha sido esto posible? ¿Se trata de una conspiración? ¿Están todos los médicos, enfermeros y personal sanitario en general, junto con los científicos, editores de revistas médicas, cargos políticos relevantes en el campo de la sanidad y una legión de periodistas vendidos a Bill Gates y las multinacionales farmacéuticas? Yo creo que la respuesta a esa pregunta es que algunos, muy pocos y muy influyentes, sí que lo están, pero la inmensa mayoría no. ¿Por qué no? Porque no es necesario: lo hacen gratis. O dicho de otro modo: lo hacen por otros motivos, motivos que solo se pueden entender conociendo las herramientas de Poder que actúan no ya en el terreno de la salud/enfermedad sino mucho más allá, en el terreno de la educación, es decir, de la fabricación de piezas de la maquinaria, más en estilo ciberpunk, de circuitos de Matrix.

“El futuro destino de la raza humana será creado por la estructura caracterial de los niños del futuro. En sus manos y corazones estará esta gran decisión. Tendrán que limpiar el caos del siglo XX. Esto nos concierne a nosotros, los que vivimos en medio de este caos”.

No le hicimos ni puñetero caso a Reich y ahora, casi setenta años después, las consecuencias arrasan el planeta. Los “niños del futuro” de los que hablaba Reich se fueron haciendo adultos modelados por las herramientas de Poder que el propio Reich denunciaba y otras mucho más terribles y perversas que vinieron después. Solo unos pocos sobrevivieron: los pocos que ahora gritan aquí y allá sin que nadie los escuche o los entienda. Nadie limpió el caos del siglo XX porque la mayoría estaban contribuyendo a expandir ese caos o haciéndose cómplices con su silencio.

Permitimos que el aparato médico-farmacológico arrebatara el parto a las mujeres provocando alteraciones de la energía vital y un encogimiento biológico en las criaturas, la perpetuación de las corazas, la distorsión de la capacidad para el placer, la predisposición a la enfermedad, a la dependencia, a la sumisión o, por otros caminos, la expansión de la perversidad. Abandonamos nuestra salud en manos de ese mismo aparato cuya parte visible es el conjunto de los sistemas sanitarios modernos farmacológicos reduccionistas mecanicistas deshumanizados que, desde hace un siglo como poco viene transformando la vida en protocolos sanitarios que generan control y beneficios económicos a los de Arriba y dependencia y pérdida de derechos, libertades, autonomía, decisiones... a los de abajo, a cambio de migajas tóxicas para seguir acallando los gritos de nuestro cuerpo y de nuestra alma, un arsenal químico y biotecnológico para continuar destrozando el ecosistema Gaia y el micro ecosistema interno en el que convivimos con los habitantes que hace miles de millones de años comenzaron la aventura de la vida.

Y en eso estamos: en ese monumental caos emocional.

Jesús García Blanca